

"LAS CARTAS DE FREUD A FLIESS: EL CASO DORA,
LA HISTORIA Y LA NOVELA"¹

Francisco Otero*

La reciente publicación de las cartas de Sigmund Freud a Wilhelm Fliess (Freud, S., 1986), el amigo más cercano de todos los que tuvo, es para la investigación psicoanalítica y para la historia del psicoanálisis una fuente casi inagotable de investigación. La correspondencia tuvo lugar entre 1887 y 1904; una parte de ésta fue publicada en 1950 con recortes y censuras. Por fin la edición completa en 1986 nos ha permitido acercarnos a algunos de sus trabajos de una manera diferente: desde la intimidad de la correspondencia privada con ese amigo al que le escribía varias veces por semana y cuyas comunicaciones, sobre todo para Freud, fueron de trascendental importancia, no tanto por lo que Fliess le pudiera responder, sino porque cumplía el rol del que escucha: el rol del analista en un proceso psicoanalítico. Freud realizó su análisis con Fliess. En la correspondencia hay muchas referencias a los ensayos que estaba escribiendo. Desde esa configuración, leer los trabajos de Freud nos puede permitir una reflexión interesante frente a los mismos. La historia -a través de la correspondencia- nos

¹ Conferencia dictada en el Simposio Internacional "La novela en la historia y la historia en la novela", Lima, octubre de 1995.

* Miembro de la Sociedad Peruana de Psicoanálisis.

permitirá ver y entender la Novela, es decir el caso clínico, las dificultades que tuvo para entenderlo.

En este sentido un caso clínico es la expresión narrada, la Novela, de una experiencia terapéutica. Pero a la vez una experiencia inenarrable. El analista escribe lo que siente que el paciente y él viven en el proceso. Es la transcripción de una relación muy especial, diferente a cualquier otra. El objeto del análisis, dice Julia Kristeva (1986) es no sólo la palabra intercambiada, sino también lo que suceda en ese intercambio entre dos sujetos en una situación muy particular. La situación del vínculo de transferencia y contratransferencia. Ese vínculo analítico es esencialmente amoroso. Freud lo llamó Amor de Transferencia. El sujeto recurre al análisis por una falla en su capacidad de amar. La experiencia analítica tratará de conseguir la restitución de la capacidad amorosa y de la confianza en sí mismo, a través del vínculo transferencial. Por eso Kristeva llama una "histoire d'amour" al discurso transferencial. En realidad es una nueva historia de amor, porque es revivir en el aquí y ahora de la relación analítica una vieja historia de amor. Funciona en los términos de las primeras relaciones, como lo fue la primera entre el recién nacido y su madre. El espacio analítico así gestado es el único- por un acuerdo contractual- donde el sujeto tendrá derecho a hablar de sus heridas, de las más antiguas y profundas. Además será el espacio de búsqueda, con su analista, recuperando su

pasado, encontrando nuevas formas de vivir su presente y su futuro. Es una nueva posibilidad de vida. La transcripción, siempre limitada de esta experiencia, será el caso clínico: la novela de una historia de amor.

El famoso caso Dora publicado en 1905 como "Fragmento de análisis de un caso de Histeria" (Freud, S. 1905 (1901)) no es ajeno a esta experiencia. Históricamente este caso es significativo también. Es el primer relato de un psicoanálisis hecho por Freud. Es el más extenso de los casos que escribió. Y sin lugar a dudas es el caso donde Freud más entrega su subjetividad, sus emociones, sus complejidades interiores y, como vamos a tratar de ver, sus conflictos no resueltos con la imagen internalizada de su madre, confundida y mezclada con la de una niñera. Ciertas actitudes y conflictos de la paciente, aparentemente, le harán revivir el suyo y, al no poder resolverlo en su contratransferencia, se producirá un impasse en el análisis de Dora. Al dejarnos publicado su ensayo, al haber tenido el coraje de presentar su poco éxito terapéutico, nos abre a un mundo diferente, se ofrece él, para que nosotros estudiemos su contratransferencia. Este caso es una historia de amor interrumpida, porque aunque Dora pudo revivir la suya con Freud, él lamentablemente no pudo comprender que a su vez revivía la suya propia con ella, en su contratransferencia.

El caso describe las vicisitudes de una adolescente enredada entre dos familias,

entregadas a una complacencia sensual mutua y secreta, pero encubierta con decoro e hipocresía, describiéndonos la doble moral victoriana de la Viena de fin-de-siecle. Los principales protagonistas eran el padre de Dora, un industrial próspero, que se restablecía con altibajos de las secuelas de la tuberculosis y de una infección sifilítica adquirida en su juventud. La madre, informa Freud, era una mujer inculta, devaluada y marginada por la familia, cuya sola obsesión era mantener la casa limpia, y la familia K. a los que Dora y los suyos estaban muy unidos. Frau K. había cuidado al padre en una de sus recaídas graves, con amistad generosa. Dora cuidaba cariñosamente a los hijos de los K. Daban la impresión de ser dos familias burguesas, tranquilas y amigables. Pero la realidad era diferente. Cuando Dora tenía 15 años y se estaba convirtiendo en una joven atractiva, intempestivamente declaró que no quería ver ni saber nada del señor K., hasta entonces el amable esposo de su cercana amiga. De chica había tenido algunos síntomas de lo que Freud llama una petite hysterie, como tos nerviosa y jaquecas. Pero en ese momento se intensificaron esas manifestaciones con afonía histérica, irritabilidad extrema, depresión e incluso ideas de suicidio. Por ese motivo el padre decide llevarla donde Freud. Dora tenía una explicación para eso, pero nadie le creía. El señor K. se le había insinuado para tener relaciones sexuales durante un paseo por un lago. Ella, ofendida, lo abofetea. El señor K. negó categóricamente tal acusación y más bien pasó a la ofensiva,

acusando a su vez a Dora de tener demasiadas fantasías sexuales e intereses por lecturas eróticas. Su esposa, ante el estupor de Dora, corroboró estas acusaciones. El padre parecía darles la razón a los K. Paulatinamente Freud nos va relatando cuál era el juego. Se trataba de un perverso intercambio sexual de parejas, donde los principales involucrados eran una joven adolescente y su padre: el padre de Dora podía seguir disfrutando de los deleites eróticos con la señora K., si permitía que el señor K. hiciera lo mismo con Dora. Ella no estaba en absoluto de acuerdo, se encontraba atrapada en un círculo infernal, del que no podía salir. Freud la escucha; por fin se siente acogida y comprendida por alguien, del mundo de los adultos, que daba la impresión de creerle. Es en ese momento inicial de la relación analítica cuando se da la mayor cercanía. Pero ahí también comienza lo que puede llamarse un gran desencuentro (Gay,P., 1986). Da la impresión, por momentos, que Freud está más preocupado en comprobar la teoría psicoanalítica, que está desarrollando, que en comprender la real situación de Dora. Es verdad que el análisis de una adolescente requiere una técnica especial, que Freud en esos momentos fundantes del psicoanálisis no podía aún saber. Pero hay probablemente, y esta es la hipótesis que quiero demostrar, una incapacidad de escuchar a Dora no solo por lo elemental de los instrumentos analíticos desarrollados por el mismo Freud, hasta ese momento, sino porque Dora, por una serie de indicios, se siente

identificada con una niñera y se presenta así misma como tal. Esto va a movilizar en la contratransferencia de Freud conflictos inconscientes con la niñera que él tuvo en su infancia. Este conflicto no pudo elaborarlo en su autoanálisis, aunque lo describe, como vamos a ver, en la correspondencia con Fliess.

La primera referencia que hace Freud de esta nueva paciente es en una carta a Fliess del 14 de octubre de 1900 (carta No. 256), pocos días después de iniciado el análisis de Dora. Le comenta a su amigo:

"El tiempo ha estado muy animado por aquí y me ha traído a una (nueva) paciente, una muchacha de 18 años, abriéndose suavemente -"glatt"-, ante la colección de ganzúas² con las que cuento" (para entrar al inconsciente, pero con una clara alusión erótica, que Freud no explora). A renglón seguido dice que está leyendo libros sobre arqueología griega y soñando con viajes que nunca se van a atrever a realizar y poseyendo tesoros que nunca irán a ser suyos. Freud tenía una particular dificultad, su fobia a visitar, entrar, a Roma. Como veremos más tarde, es lo primero que va a desear hacer cuando Dora abruptamente interrumpa el análisis y lo abandone. El análisis termina el 31 de diciembre, apenas a once semanas de haber comenzado. El caso lo escribe inmediatamente para su publicación y le comenta a Fliess el 25 de enero de 1901 (carta

² **Dietrichen:** ganzúas, llaves maestras, pero también tenía la connotación de pene en sentido vulgar, en el lenguaje de Viena de la época: según Borneman, E., "**Sex im Volksmund. Die sexuelle Umgangssprache des deutschen Volkes**". Rowohlt, Reinbeck, 1971.

N?. 261):

"Sueño e Histeria quedó listo ayer". Ese fue el nombre original. "Hoy siento la necesidad de algo que me aturda, algo que me narcotice".³ Como si expresase una extraña sensación de desasosiego, una cierta depresión. La experiencia del análisis con Dora lo había dejado herido y muy removido.

Una chica identificada con una niña lo había abandonado. Continúa: "Es un fragmento del análisis de una histeria, en que los esclarecimientos se agrupan en torno a dos sueños, por lo tanto, en verdad es una continuación del libro de los sueños... Es ciertamente lo más sutil que he escrito hasta ahora, y horrorizará más de lo usual. Como quiera que sea, uno cumple con su deber y por cierto no escribe para el presente." Como sabemos, el caso no lo publicó inmediatamente, sino cuatro años después. Para Freud la publicación era importante ya que completaba con una aplicación clínica su libro Interpretación de los Sueños (Freud, S., 1900), reparando así una de las críticas recibidas. La razón de esta tardanza no la conocemos bien: un temor a ser criticado por indiscreción profesional podría ser una de ellas, según un comentario de Oscar Rie. Publicará el caso en 1905 con un esclarecedor epílogo y algunos añadidos más (como una visita de Dora en abril de 1902 que da la impresión que él no entiende) donde trata de justificar el fracaso del análisis por culpa de Dora, el deseo de vengarse y no por la

³ "... heute fehlt es mir bereits an einer Betäubung", (Freud, S. 1986).

dificultad de él para comprenderla. Una incapacidad comprensible dada la dificultad de estar psicoanalizando por primera vez a una paciente, sin haber descubierto aún ni elaborado conceptos básicos como transferencia y sobre todo la contratransferencia, elementos fundamentales para poder trabajar un análisis (Gay, 1988; Jones, 1953; Glenn, 1989).

Se han escrito numerosos artículos sobre la dificultad de Freud en general para intuir y comprender las complejidades del mundo erótico de la mujer. Además, el análisis de una adolescente, gracias a los caminos que él, con coraje, se atrevió a desbrozar, exige una técnica especial, ya que los adolescentes desarrollan y provocan una serie de reacciones emocionales complejas de formas determinadas. Entre otras, una seducción de tipo incestuoso inconsciente al adulto que tienen enfrente, entremezclada por los conflictos generacionales no resueltos y la aún confusa identificación con los padres: todo esto de una manera muy ambivalente (Bloss, P., 1987).

Las interpretaciones de Freud a Dora son fraseadas de una manera abierta y tosca, donde utiliza términos sexuales, que podrían haber sido entendidos por Dora como acercamientos seductores por parte de Freud.

Por más que Freud habla de una "jovencita de floreciente belleza y brillante

inteligencia" (AE VII, p.22) se comporta con ella defensivo, rechazándola, igual como ella hace con él. El no estaba en condiciones de ver cómo detrás del rechazo de Dora había una transferencia positiva. Este rechazo a él era quizá el modo como ella se defendía de una transferencia confiada y tierna. Cuando Dora le manifiesta su deseo de interrumpir el análisis, Freud no hace el más mínimo esfuerzo para animarla a que continúe el trabajo empezado. Simplemente la deja ir. Se deshace de ella. Cuando Dora vuelve en abril de 1902 (quince meses después) por una neuralgia facial, Freud tampoco hace ningún esfuerzo para que se quede. Así como Dora abandona el análisis, él abandona a Dora. ? Por qué? Una explicación (que ya ha sido investigada por Kanzer y Glenn, 1980; Decker, H., 1991 y otros) la encontramos en una carta a Fliess del 3 de octubre de 1897 (carta No. 4141) donde él le cuenta a su amigo los descubrimientos en su autoanálisis en relación con sus conflictos infantiles con su niñera: "...la causante' (de mi neurosis) fue una mujer vieja y fea, pero lista (inteligente) que me contó muchas cosas sobre el buen Dios y sobre el infierno..."⁴ (p. 288). Se refiere a Resi Wittek (Krüll, M., 1993), una empleada de nacionalidad checa que trabajó para Amalia Nathanson, la madre de Freud, ayudando a cuidar al pequeño Sigmund hasta que éste tuvo dos años y ocho meses.

En una segunda parte de esa misma carta, escrita el día siguiente, le relata el

⁴ "... dass, meine 'Urheberin' ein haessliches, älteres aber kluges Weib war, das mir viel von liebem Gott und von der Hölle erzählt..."

sueño de esa noche, un sueño que lo llevará

a importantes descubrimientos: "Ella fue mi maestra en cosas sexuales y me regañó porque fuí torpe, porque no pude nada (se refiere probablemente al aprendizaje de la limpieza)... Además ella me bañó en una agua enrojecida, en la que se había bañado antes (la interpretación de esto no es difícil; no hallo en mi cadena asociativa de recuerdos nada semejante, por lo tanto lo considero un verdadero hallazgo de mis primeros años)... ella me mueve a robar Zehner (monedas de 10 Kreuzer) para dárselos..." (p. 288).

En otra carta del 15 de octubre (carta N° 142), sigue como obsesionado con el tema de la niñera en su autoanálisis y le cuenta a Fliess: "Le pregunté a mi madre si todavía se acordaba de la niñera. Desde luego, dijo ella, era una mujer vieja y lista (gescheit) que te llevaba cargado a todas las Iglesias (católicas) y cuando volvía a casa imitabas lo que hacía el cura, predicabas y hacías como Dios. Cuando yo acababa de tener a Anna se averiguó que era una ladrona y se le encontraron una serie de monedas de Kreuzer, y los juguetes que se te habían regalado. Tu hermano Philipp fue en persona a la policía y entonces le dieron 10 meses de prisión." Continúa Freud escribiéndole a Fliess y le dice admirado: "Mira tú qué corroboración proporciona esto para mi interpretación de los sueños" (Freud, 1986, p.291).

Lo que es evidente es que a una edad temprana esta niñera cumplió un rol muy importante para el pequeño Sigmund. No se sabe cuándo entró a trabajar con los Freud. Quizá entró desde el nacimiento de Sigmund para ayudar a la joven e inexperta Amalia o quizá cuando ésta quedó embarazada, que fue casi inmediatamente. Sabemos que cuando Sigmund tenía trece meses Amalia tuvo que ser internada en un sanatorio de Roznau, por problemas pulmonares. Allí fue Resi Wittek, la niñera, y permaneció todo el tiempo al lado de ella cuidando al pequeño Freud. Cuando Sigmund tenía 17 meses nace el segundo hijo de Amalia, a quien llamaron Julius, en nombre de un hermano menor muy querido de ella, quien cinco meses después del nacimiento de Julius Freud, muere en Viena víctima de la tuberculosis. Un mes después, a los seis meses el bebé fallece intempestivamente víctima de una infección intestinal. Es fácil imaginarnos que la madre de Freud haya sufrido una pena atroz, y haya entrado en una fuerte depresión. André Green (1989), en su artículo sobre "La madre muerta" dice que una madre deprimida, muerta psíquica o emocionalmente, puede provocar en su hijo una privación de tal magnitud que el niño la puede vivir como una "pérdida de sentido de la vida". La presencia de Resi como imagen sustituta de la madre debe haber sido invaluable para él que tenía menos de dos años. Ella hablaba con el pequeño Sigmund su lengua, el checo. Lo llevaba a las iglesias católicas de Freiberg, una ciudad de mayoría católica. En esos

tiempos de depresión familiar es posible que le hablase de la resurrección de los muertos, en la línea de su religión, para menguar el trauma de la muerte de Julius y el duelo depresivo de la madre. Ya antes de la muerte de Julius, Amalia había quedado embarazada de su tercer hijo, Anna. La niñera permaneció al lado de Sigmund hasta el nacimiento de Anna, cuando él tenía dos años y nueve meses. Ahí es que la encontraron robando y fue despedida intempestivamente. Es presumible que el pequeño Sigmund pueda haber sentido la desaparición repentina de la niñera como un abandono muy intenso. En esa carta a Fliess del 3 de octubre de 1897 (N? 141) dice de ella: "A esa vieja mujer⁵ le tengo que estar agradecido, ya que en ese tiempo tan temprano me dio los medios suficientes para prepararme para vivir y seguir viviendo". (p. 289).

Los conflictos ocasionados por este intempestivo abandono nunca pudieron ser elaborados por Freud en su autoanálisis. Freud trabajó en él intensamente la imagen de su padre y su influencia, más no la de su madre. En los recuerdos que expresa en las cartas a Fliess sobre su madre, parecen montarse a veces, sin diferenciarse, con los de su niñera. Freud escribió mucho sobre su padre, pero bastante poco sobre su madre. En la correspondencia con Fliess son numerosas las referencias en su autoanálisis a su padre (más de 40). A la madre sólo la nombra dos veces y sin estar incluida en ninguna reflexión importante. La relación armoniosa e idealizada que transmiten sus biógrafos

⁵ "...altes Weib..."

(Jones, E., 1953) dista de ser verdad. Freud tuvo siempre una actitud distante a ella y en general con la mujer, ese "continente negro" como él llamaría a la sexualidad femenina (ver Hardin, H., 1992).

Freud no estaba en condiciones de elaborar en su autoanálisis -solo- el rol que puede haber jugado la niñera de su infancia para el desarrollo de esta actitud extraña y distante con su madre (Hardin, 1992, p.117). Su madre muere a los 95 años y Freud no asiste al entierro, manda una "representante" ("eine Vertreterin"), a su hija Anna, de la misma manera como su madre le pone una "Vertreterin", una representante de ella, una niñera, cuando ella estaba emocionalmente muerta.

Curiosamente el primer ensayo que escribe después de la muerte de su madre es sobre "Sexualidad Femenina" (Freud, S. 1931); en un pasaje dice: "Todo lo relacionado con la primera relación del niño con su madre me pareció siempre muy difícil de captar en el análisis, tan nebuloso y perdido en las tinieblas, en las brumas del pasado, tan difícil de revivir, como si hubiese sido víctima de una represión particularmente inexorable (unerbitliche Verdrängung)."

Otro dato esclarecedor es el motivo de la elección del nombre de "Dora para una paciente que no podía conservar el suyo propio", lo cual se ha prestado a numerosos trabajos de investigación (Decker, H. 1992 y otros). Janet Malcolm (1986) ha elaborado

las asociaciones que podían haber entre Dora y Pandora, la caja que al destaparse trajo los males al mundo. A partir del detalle que Freud nos relata en "Psicopatología de la vida cotidiana" (Freud, S., 1905) podemos seguir nuestra reflexión:

"Mientras preparo el historial clínico de una de mis pacientes, me pongo a considerar el nombre de pila que debo darle en el trabajo. Aparentemente tengo un amplio margen de elección... uno esperaría contar con un cúmulo de nombres femeninos... En lugar de ello afloró uno solo, y ninguno más: el nombre de Dora. Me pregunto por qué lo he elegido. Y bien, ¿quién más se llama Dora? Quisiera rechazar por increíble la primera ocurrencia: ella reza que así se llama la niñera de mi hermana... sigo devanado el hilo y enseguida se me ocurre un pequeño episodio de la tarde anterior, que me proporciona el determinismo buscado. Sobre la mesa de comedor de mi hermana (Rosa) vi una carta dirigida a Fräulein Rosa W. Asombrado preguntó quién se llama así, y me entero que la supuesta Dora se llama Rosa, y debió aceptar que le cambien de nombre porque también mi hermana (Rosa) puede considerarse aludida por el requerimiento de Rosa. Dije conmisericordiosamente: 'pobre gente, ni siquiera su nombre pueden conversar'. Según ahora recuerdo, callé entonces por un momento y me puse a pensar en toda clase de cosas serias que se perdían en lo oscuro... Y cuando al día siguiente buscaba un nombre para una persona que no podía conservar el suyo, no se

me ocurrió otro que el de Dora" (AE, VI, p. 234-5).

Dora se sentía una niñera. Además de cuidar a los hijos de la señora K., era muy amiga de una niñera que trabajó en su casa y que estaba enamorada de su padre y muy amiga también de la niñera de la familia K. con quien el señor K. tuvo una corta relación sexual, haciéndole creer que él "ya no tenía nada con su esposa" (Freud, S. 1905, p. 172)⁶. La misma frase que el señor K le diría a Dora al intentar seducirla en el paseo al lago.

En la Viena de principio de siglo existía la costumbre de dar aviso de despedida a las niñeras con catorce días de anticipación, así como para pedir ellas su retiro del trabajo. Cuando Dora le comunica a Freud que interrumpe el análisis, él le pregunta cuándo decidió hacerlo y Dora le señala que hacía catorce días: "el término de despedida de una niñera"⁷, le contesta Freud, como si ella se comportase con él como una niñera que va a retirarse del trabajo. De este modo, Freud le refuerza su identificación con las dos niñeras.

El asunto de los 14 días vuelve a salir en la última visita que hace Dora a Freud quince meses después (o.c., p. 184). Ella llega con una neuralgia facial, la cual se había desarrollado hace catorce días. Freud lo relaciona con un suceso acaecido exactamente

⁶ "...er habe nichts von seiner Frau..."

⁷ "Das klingt ja wie von einem Dienstmädchen, einer Gubernante, 14tätige Kündigung..."

en esa fecha. En los diarios había aparecido la noticia que Freud había sido nombrado Profesor de la Universidad de Viena. Freud le interpreta esa neuralgia como una bofetada, un autocastigo que ella se habría infligido por sus deseos de venganza contra él. Freud no podía entender la necesidad de ayudar que expresaba Dora con su nueva visita a él. Desde su resentimiento, Freud sólo podía ver venganza. Resentimiento y venganza puede haber sentido Freud en su temprana infancia cuando su verdadera niñera, Resi, lo abandonó.

Freud trabaja exhaustivamente su imposibilidad de entrar a Roma en "La interpretación de los sueños" (Freud, S., 1900; ver también Schorske, 1980). Roma era para él como un premio supremo, pero también una incomprendible amenaza. Era una ciudad que conocía casi de memoria, y deseaba anhelantemente visitar, pero estos deseos se encontraban subvertidos en una especie de prohibición fóbica. Freud atribuía su imposibilidad de entrar a Roma a una especie de miedo a entrar sexualmente a la madre: bajo el silogismo Roma = madre. Estuvo de vacaciones en Italia varias veces, pero nunca pasó del lago Trasimero, a unos cien kilómetros de Roma. Hasta ese lago había llegado también Aníbal con sus huestes (Jones, E., 1953; Gay, P., 1986). En una carta del 3 de diciembre de 1897, le decía a Fliess: "Mi obsesión con Roma es profundamente neurótica. Está relacionada con mi entusiasmo escolar por el héroe

semita Aníbal". Conquistar Roma significaba conquistar la sede de los más implacables enemigos de los judíos: los católicos. Sin embargo, en esa misma carta reconoce también que su deseo de visitar y conquistar Roma encubría simbólicamente "otros deseos desconocidos, pero muy anhelados". Roma simbolizaba los deseos eróticos más ocultos, los deseos edípicos incestuosos, los deseos prohibidos. Nosotros podemos suponer⁸ que Roma podía tener que ver algo con sus fantasías infantiles y sus recuerdos edípicos de amor y odio a esa niñera católica, sustituta de la madre durante años importantes (Glenn, 1989).

Es coherente pensar que Dora haya removido estos recuerdos. Dora lo abandona como lo había abandonado Resi, la "causante de mi neurosis". Reacciona herido y molesto. El 14 de octubre de 1900 le dijo a Fliess lo feliz que estaba con su nuevo caso. En una última y esclarecedora carta 30 de enero de 1901 (carta No. 262) le dice que está muy deprimido y desea salir de la depresión conquistando Roma. Planear viajar a Roma en las vacaciones de abril, pero es recién en setiembre que podrá hacerlo. Las cartas de esa época están curiosamente llenas de alusiones al autocastigo por sus deseos infantiles prohibidos. El 25 de enero (carta No. 261), triste y abatido, le dice a Fliess que necesita algo que lo adormezca y narcotice: "Sueño e Histeria' quedó listo ayer, hoy ya siento la falta de algo que me aturda, un narcótico". En la carta antes citada del 30 de

⁸ Ver Glenn (1989), quien trabaja también este tema.

enero le dirá: "En medio de la depresión material y anímica de este tiempo, me martiriza la tentación de pasar en Roma la semana de Pascua de este año".

Dora intentó vivir en esos tres meses su propia histoire d'amour con Freud, en la relación analítica a través de la transferencia, repitiéndola inconscientemente. Sin embargo, Freud por su lado también revivió la suya, también inconscientemente, con su madre confundida con su niñera, un conflicto no resuelto, no analizado por él, que le impidió ayudar mejor a Dora, porque no se pudo dar cuenta de lo que estaba viviendo tan intensamente. Pero le permitió descubrir un fenómeno de importancia fundamental para el psicoanálisis: la transferencia, y a nosotros permitirnos ver el otro lado de la novela psicoanalítica, que es la historia que nos permite comprender la contratransferencia.

BIBLIOGRAFIA

Decker, H. (1982) The choice of a name: Dora and Freud in relationship to Breuer. Journal of the American Psychoanalytical Association, 30, 113-136.

--- (1991) Freud, Dora and Vienna. The Free Press, New York, 1991.

Deutsch, F. (1957) A footnote to Freuds "Fragment of an analysis of a case of hysteria". Psychoanalytic Quarterly, 26, 159-167.

Freud, S. (1905 - 1901) Fragmento de análisis de un caso de histeria. Amorrortu Editores, Bs. As., Vol. VII, 7-107 (Bruchstück einer Hysterie-Analyse. Studienausgabe. Fischer Verlag. Frankfurt am Main, Band VI, 83-1986).

--- (1901b): Psicopatología de la vida cotidiana, AE, Bs. As., Vol VI, 9-285. (Zur Psychopathologie des Alltagslebens, Studienausgabe, Fischer Verlag, Frankfurt).

--- (1931): Sobre sexualidad Femenina, AE, Bs. As. (Über die weibliche Sexualität, Studienausgabe, Fischer Verlag, Frankfurt)

--- (1986): Briefe an Wilhelm Fliess 1887-1904. S. Fischer Verlag, Frankfurt.

Glenn, J. (1989): Freud, Dora und das Kindermädchen. Psyche, 43, 522.

Green, A. (1983): Die tote Mutter. Psyche, 47 (1993), 205-240.

Hardin, H. (1994): Freuds frühe Mutterbeziehung. Psyche, 48, 97-123.

Harsch, H. (1993): Freuds Kindheit und das Inzestthema. Zur Bedeutung der Kinderfrau. Luzifer-Amor, 11, 11, 8-27.

Kanzer y Glenn (1980): Freud and his patients. Vol II, Jason Aronson, N.Y.

Kristeva, J. (1985) Al comienzo era el amor. Gedisa, Buenos Aires, 1986.

Krüll, M. (1993) Freud und sein Vater. Fischer Verlag, Frankfurt.

Marcus, S. (1974): Freud und Dora. Roman, Geschichte, Kranken-Geschichte. Psyche, 28, 38-79.

Meltzer, D. (1987): La cristalización del método del análisis de los sueños: el Caso Dora. En: Desarrollo Kleiniano. Partel, 23-42, Spatia Ed., Bs. As.

Rieff, P. (1971): Introduction. In: Dora: An Analysis of a case of Hysteria. Collier, New York, 7-20.

Schorske, C.E. (1980) Fin-de-siecle Vienna. Politics and Culture, Alfred Knopf, New York.

Stroeken, H. (1985) Freud und seine Patienten. Fischer Verlag, Frankfurt a. M., 1992.